

## EL IMPERIALISMO

Jorge Rivadeneyra  
IIES, UCV

*"El anti-imperialista Chávez está dispuesto a arrodillarse  
a fin de conseguir una entrevista  
con el Presidente de Estados Unidos"  
Domingo Alberto Rangel,  
"Alzado Contra Todo".*

Lenin definió al imperialismo como la concentración del capital financiero administrado por un estado mayor, como por ejemplo el FMI, o por un Estado hegemónico, por ejemplo Estados Unidos. Denominó a esta situación "fase superior del capitalismo", y de acuerdo a una concepción evolucionista de la historia, consideró que ésa era la etapa final del capitalismo. Sin embargo, como el capitalismo no se desplomaría espontáneamente, era indispensable prepararse para *la lucha final*, como consta en la estrofa del himno de la revolución proletaria llamado "La Internacional", o si se quiere como también lo anuncia el mito cristiano con el nombre de *juicio final*.

A pesar de esas profecías, el capitalismo no se ha derrumbado, y no sólo eso sino que se dio el gustazo de contribuir a la muerte de los países comunistas y de asistir a sus funerales. Marx tenía razón: la historia no marcha de acuerdo a los proyectos humanos. No funciona la teleología.

Por cuanto el imperialismo es la concentración del capital financiero, concentración densa, sumamente compacta, como dizque ocurre con la gravedad en los agujeros negros, ese imperialismo es tan omnipotente que con frecuencia pareciera que cuando se dice imperialismo se está hablando de Dios, o mejor dicho del Demonio porque de acuerdo a nuestra cultura cristiana, sólo el Demonio es el símbolo de la maldad universal.

Antes se suponía que el capital financiero tiene su sede en la Quinta Avenida de New York. De haber sido así hubiese sido suficiente que algún Bin Laden, cómodamente camuflado en algún recoveco de la Cuarta Avenida, dispere su misil terrorista hacia la Quinta Avenida, y sanseacabó. Pero los turistas, al regreso de sus viajes a New York, en el curso de fatigosas conversaciones, han declarado que la Quinta Avenida sólo es una avenida, que allí no hay nada que se parezca a la sede del imperialismo; que es muy posible que, como el mismísimo Demonio, esté en todas partes, incluso en la alta tecnología de los *mass media* por donde se difunden los discursos de quienes lo combaten. Es decir que se ha instalado en el más peligroso de los lugares: en la mente de amigos y enemigos.

Con el propósito de objetivarlo, sobre todo cuando se dan clases a los muchachos de la educación media y superior, algunos profesores cambian el nombre y en vez de imperialismo hablan de transnacionales, aludiendo a esos imperios sin fronteras constituidos por una inmensa red bancaria y empresarial, y esto porque se supone que la carne y los huesos del imperialismo es la economía. Otros, más idealizados o más ingenuos, aseguran que ya no hay imperialismo sino globalización, y esto gracias a la antigua creencia de que cambiar el nombre de las cosas no sólo altera su identidad sino que de ese modo se suprimen sus características, olvidando que “una cosa es la suma de sus efectos”<sup>1</sup>, efectos cambiantes, como lo hubiera corregido Heráclito.

Ciertamente, se ha llegado a la concentración del capital financiero recorriendo intrincadas formas de inversión de la mercancía dinero, de préstamos al interés compuesto, como los del Fondo Monetario Internacional, de apropiación del trabajo mundial, de territorios, y de conciencias porque esta es una cultura en la que todo se compra y se vende siempre que el precio sea el adecuado. Y sin violar la ley, porque las leyes han sido previa y oportunamente establecidas.

En América Latina son clásicas estas formas de usar la mercancía dinero, acompañadas de las llamadas intervenciones políticas, militares, sumamente democráticas, para apropiarse de territorios ajenos o tan sólo para implantar bloqueos, golpes de Estado, asesinatos, secuestros, todo ello garantizado por el derecho internacional. Sin embargo, el imperialismo no es la *escoba de la bruja* sólo en América Latina. En muchos lugares del planeta ha sembrado la muerte de millones de seres humanos, la muerte ecológica y la muerte de sus culturas. Lo de Vietnam aún no ha entrado en el baúl de los olvidos, y los dos Bush, autores de la destrucción de Irak, aún viven tratando de justificar sus crímenes con el argumento de que destruyeron al país autor de las Mil y una Noches para salvar a la humanidad.

Y lo más lamentable consiste en que quienes se declaran anti-imperialistas a ultranza, quienes fueron amigos de Sadam Hussein, ni siquiera han condenado el genocidio en la cómoda sala de conferencias de la ONU. Pero se sigue alardeando, a grito herido, de algo llamado revolución anti-imperialista. Tanto han hablado y tanto se ha escrito al respecto que si las acusaciones no fueran impunes, el imperialismo ya no sólo sería una mala palabra. Tampoco esa especie de sarna que te rascas y te rascas hasta que te hieres y la herida se infecta, corriendo el peligro de que te vuelvas paranoico porque no paras de rascarte, como si rascarse fuera una vocación o una forma de vida.

---

<sup>1</sup> Nietzsche, Voluntad de Poder, Biblioteca Edad, Madrid, 1998, parágrafo 551.

La lucha verbal contra esta sarna, en América Latina es la sustancia de la ideología de la libertad, de la justicia, de la felicidad. Incluso se ha llegado al convencimiento de que la desidia, la irresponsabilidad, el populismo, el clientelismo, las devaluaciones crónicas, la corrupción administrativa, la represión contra la oposición, el pésimo funcionamiento de los tribunales de justicia, la horrenda administración de los dispensarios del seguro social, son el resultado inevitable de la acción imperialista.

Los frutos de esta discursividad existencial han sido pobrísimo en cuanto a su calidad y estériles en lo referente a un cambio de comportamiento por parte del imperio. No nos hace caso. Nos ignora. Se burla. Nos visitan los marines. Y si no, veámonos en el espejo de la Cuba revolucionaria, enfrentándose durante cuarenta años contra el imperio gringo. Ha triunfado Cuba, ciertamente, si triunfar significa haber impedido que los marines invadan su territorio. Ha vencido si vencer quiere decir haberse levantado por encima de la humillación, de un bloqueo de cuarenta años, guiados por ese heroísmo del patria o muerte porque morir por la patria es vivir. Todo eso a cambio de la miseria de su población donde miseria no quiere decir ni pobreza ni analfabetismo sino falta de perspectivas; miseria no significa carencia de comida, sino eso de vivir con miedo, eso de comer a salto de mata, desprovistos del talante del recreo. Y la libertad alcanzada no es completa si no permite generar nuevos valores en los múltiples aspectos de la existencia, si sólo se limita a la unidimensional obsesión sintetizada en el grito de patria o muerte, tanto más que el moderno concepto de patria es un invento del propio capitalismo.

¿Victoria pírrica? Puede ser. La historiografía, o el mito, qué más da, dicen que Pirro ganó una batalla en la que murieron todos sus enemigos. En su ejército, en cambio, sobrevivieron poquísimos soldados. Ante semejante saldo, dicen que Pirro dijo: "otra victoria como esta y estoy perdido".

En sentido estricto, Vietnam fue el único país que derrotó política y militarmente a Estados Unidos. Los vencedores se ganaron el aplauso mundial. El Che Guevara propuso la creación de otros dos, tres Vietnams para acabar de una vez por todas con el imperialismo. Pero después de la victoria, hoy en día los vietnamitas se han asociado con sus antiguos enemigos para producir café en gran escala, compitiendo con tradicionales productores de café en América Latina.

Lo que pasa es que el imperialismo de nuestros tiempos no sólo es su capital financiero y el monopolio de determinadas mercancías. Si así fuera, tendríamos que hablar del imperialismo japonés, del imperialismo chino, y ¿por qué no?, del imperialismo brasileño. Pero estamos hablando, aquí, del imperialismo cuyas fronteras están determinadas por el alcance de sus misiles y de los cañones de su Séptima Flota. También de la preponderante influencia de su cine y de

sus vídeo tapes porque ese imperialismo es primordialmente una forma de cultura cuyos valores fundamentales son el culto al dinero, al trabajo, al poder y a la silla eléctrica. Es una cultura donde su derecho nacional, por ejemplo, es un derecho con jurisdicción internacional, como lo reconoció el Presidente Clinton. Allí, en esa atmósfera cultural, la ciencia, no es el saber escrito en miles de libros, sino proyectos encaminados a resolver problemas de producción, de salubridad; problemas militares para el ejercicio de su dominio universal, e incluso del espacio exterior. Una cultura avasalladora hasta el punto de que estamos colonizados mentalmente en nombre de la ciencia, de la técnica, gracias a la insulsez de anti-imperialistas que creen que el dominio imperial se da solamente en la compra-venta de chucherías, o en las de cuando en cuando intervenciones de sus marines.

Forma parte de la cultura imperial la invención del Internet, de los computadores y de los televisores planos. También la globalización, así bautizada por Ronald Reagan, y que hoy en día la discuten los letrados del mundo, tratando de averiguar qué es y cómo utilizarla en beneficio propio. Paul Zweezy dijo que la plusvalía, ésa que le permitió a Marx fundamentar su teoría de la revolución, no sólo era el excedente producido por cada uno de los obreros para que le expropié el patrono, sino también la capacidad de producir misiles para viajes interplanetarios y para amenazar a la población de nuestro planeta.

La democracia es parte significativa de la cultura imperial, la democracia electoral y representativa, desde luego, incluidos los derechos del hombre. Todos la invocan, incluidos los anti-imperialistas más mediáticos, y Estados Unidos la usa de parámetro para medir y vigilar a los países soberanos.

Los estudiantes del mundo se sienten realizados si les es posible estudiar en alguna universidad estadounidense. Cuando regresan con sus títulos, consiguen los mejores empleos, como si fuesen letrados de mayor cuantía.

Los libros y revistas que se publican en USA son bien recibidos en el exterior sean o no best-sellers. Además, casi son obligatorios en el mundo académico porque se presupone que son escritos por gente que anualmente ganan el premio Nobel de la ciencia. Esos sí que saben.

Y del poder imperial forma parte el llamado *lobby*, una especie de sala de espera donde se reúnen los afligidos, los desesperados, los que mendigan los favores del imperio. Empresarios, grandes hombres y representantes de los gobiernos de América Latina, incluidos los anti-imperialistas, gastan buena parte de su erario en honorarios para miembros del Senado de USA. No es fácil entrevistarse con los omnipotentes del imperio, así que también deben pagar a intermediarios especializados en obtener ese tipo de entrevistas. Y todo eso para

que los todopoderosos de USA decidan o no lo que conviene a los países soberanos del sur continental.

Eso mismo ocurría hace dos mil años en el Senado de la Roma Imperial.

Lo contrario del imperialismo es la soberanía nacional, entendida como la capacidad y la decisión de un Estado de transitar por los caminos que más le convengan a su población. Y la poesía nos ha enseñado que los caminos se hacen caminando, y quizás sea la ciencia la que nos aconseja que se deba ir precisando cada vez más y más los propósitos, las teorías, las modalidades de la acción. Es decir que la soberanía nacional no es lo dado, así conste en la constitución de la república; hay que construirla día a día, y no sólo comprando aviones y fusiles de mayor poder de fuego. Esa es una soberanía menguada, la de los militares.

El pueblo no es soberano por el solo hecho de ser pueblo, menos aún porque el populismo adulator así lo proclame. Ser soberano no sólo es votar en los procesos electorales. Soberanía, es, más bien, auto-realizarse poniendo en juego la inteligencia creadora que posee todo ser humano; es transformar el mundo y transformarse a sí mismo mediante la praxis. Propiciar esos desenvolvimientos es una de las trincheras del anti-imperialismo.

La guerra no es la única vía para dirimir entuertos, y la guerra, por otra parte, no sólo es una confrontación a cañonazos. Además, el estado normal de las relaciones sociales y de las relaciones interestatales es la guerra fría. Esa guerra también se llama la política.

Y la paz no sólo es un cruzarse de brazos.